

Ball, Samuel y Bogatz, Gerry Ann. *The first year of Sesame Street: an evaluation*. Educational Testing Service, Princeton, N. J., oct. 1970. 373 pp. más 12 apéndices.

Este informe evaluativo del exitoso programa de TV para niños, llamado *Sesame Street* puede ser leído desde cinco ángulos distintos de interés: conocer mejor el diseño educativo original de este programa, conocer los resultados que arroja la evaluación al finalizar su primer año, conocer el método de evaluación seguido, descubrir nuevas posibilidades educativas en el empleo de la TV, y finalmente (puesto que ya se preparan versiones de exportación de este programa que muy pronto cubrirán 50 países, entre ellos todos los latinoamericanos) prever el posible efecto del programa en otros países.

Sesame Street es un programa educativo de TV, para niños de 3 a 5 años. Se debe a la tenacidad de la Sra. Joan Cooney y a los ocho millones de dólares que invirtieron en él la Carnegie Corporation, la Fundación Ford, la US Office of Education, la US Office of Economic Opportunity, el National Institute of Child Health and Human Development y otras agencias públicas y privadas. Se ideó como una ayuda educativa para los niños en edad preescolar de los Estados Unidos, sea que asistan a un centro preescolar o no. Su auditorio preferido deberían ser los niños de las clases sociales más desamparadas. El programa se propuso emplear las técnicas específicas de la TV comercial —la técnica de “venta” del producto, acción rápida, sorpresa, segmentos cortos, repetición, música, sentido del humor— para enseñar a los niños sin abu-

rrimiento. Al presente son más de 300 las emisoras que lo transmiten y llega a más de tres millones de niños. El programa ha ganado varios premios significativos.

Sesame Street se planeó como una medida para dar alguna educación a los niños que quedan fuera del sistema de enseñanza preescolar; incorporarlos a la educación preescolar convencional hubiese representado para los Estados Unidos un costo anual de casi tres mil millones de dólares al año, sin incluir gastos de capital.

Desde sus orígenes colaboró un grupo de investigadores en su diseño. Éstos debían determinar las metas educativas de cada emisión, en función de las características del auditorio, y establecer el método para evaluar el efecto del programa. Se acordó distinguir en la evaluación cinco aspectos: solución de problemas, lectura, aritmética, percepción y el campo afectivo-motivacional.

Los objetivos básicos de la evaluación se fijaron desde el principio en estas cuatro preguntas: 1) ¿Los niños de 3-5 años que ven el programa, sea en casa o en la escuela, aprenden más que los que no lo ven?; 2) ¿Qué caracteriza a los niños que aprenden más y a los que aprenden menos?; 3) ¿Pueden distinguirse grupos de niños según el efecto del programa (por ejemplo, según el grado de exposición al programa, su inteligencia, su clase social, etc.?); 4) ¿Qué elementos del programa son más eficaces para el aprendizaje o para atraer la atención de los niños?

La evaluación debería también distinguir entre los niños que veían el programa en su propia casa (que constituían el teleauditorio preferente) y quienes lo veían en un salón de clase; asimismo,

entre niños motivados por los padres y observados por los evaluadores y los no especialmente motivados. También era necesario diferenciar las condiciones económicas y el medio rural o urbano de los televidentes.

La muestra se determinó ajustándose a la división en los grupos de niños que fijaban estos criterios. Después de determinar, no por métodos aleatorios sino por significación para los objetivos del programa, cinco áreas geográficas, se procedió a seleccionar los grupos de educación preescolar que entrarían en la muestra y a determinar aleatoriamente los niños muestreados entre los que veían el programa en sus casas. Así, la muestra de 1 124 niños que resultó seleccionada, una vez comprobado que reunía las condiciones deseadas, fue sometida a las pruebas previas (*pre-test*).

La preparación de los instrumentos tuvo que ser simultánea a la producción de las emisiones. Esto aseguró una estrecha relación entre el diseño pedagógico de cada emisión y el diseño de la evaluación. Todos los niños de la muestra fueron sometidos a una batería de pruebas previas (*pre-test*), las cuales fueron sustancialmente las mismas que se aplicaron seis meses después en la evaluación (*post-test*). También se aplicó dos veces un cuestionario a los padres de familia, con el fin de determinar algunas variables ambientales, principalmente el nivel socioeconómico y el hábito de ver televisión de cada niño. Se organizó también observación directa de algunos niños de la muestra, por personal especialmente entrenado, con objeto de registrar sus reacciones visuales y motoras respecto a algunos elementos del programa (títeres, gente, dibujos, etc.). Asimismo, se llevaron a cabo entrevistas con los padres de familia acerca del uso que daban a la Guía del programa; también se entrevistó a los maestros de los niños de la muestra que veían el programa en grupo. Por otro lado se efectuaron análisis de contenido de algunas partes del programa, por diversos métodos.

Es imposible dar aquí una idea detallada de la organización de los datos, las técnicas estadísticas empleadas y el proceso de interpretación seguido, todo lo cual ocupa la parte central de la obra. Quizás el aspecto más interesante sea el conjunto de análisis multivariados (MANOVA) que se emplearon para determinar el impacto de las variables consideradas independientes (frecuencia de la visión del programa, alentados o no, sexo, y visión en casa o en la escuela) sobre las dependientes (los resultados en cada uno de los ocho campos de la evaluación: letras, clasificación, números, partes del cuerpo, correspondencias, formas, términos relacionales, capacidad de seleccionar, equivalencias, letras dentro de las palabras).

Los resultados de la evaluación revelan que *Sesame Street* ha demostrado el gran potencial educativo de la TV cuando se la emplea de esta manera. Tres son las conclusiones más relevantes. Primero, los niños que vieron más el programa aprendieron más, independientemente de su edad, sexo, sitio de residencia, nivel socioeconómico e inteligencia, e independientemente también de que vieran el programa en casa o en la escuela. Esta conclusión es válida para todas las áreas de aprendizaje. Segundo, las habilidades que recibieron más tiempo y atención en el programa fueron, en general, las mejor aprendidas (principalmente en las áreas de letras y números); se comprobó también alguna transferencia del aprendizaje dado que algunos niños aprendieron algunas cosas (por ejemplo, a escribir su propio nombre) que no se enseñaron en el programa. Tercero, no fue indispensable ni importante la supervisión de los adultos para que el programa obtuviese sus metas de aprendizaje; esta conclusión es relevante si se considera que cuatro quintas partes de los niños de 3 y 4 años de edad y más de una cuarta parte de los de 5 años no asisten a la escuela en los Estados Unidos.

Por su edad, los niños que más se beneficiaron de este programa fueron los

de 3 años; los que menos, los de 5. Este descubrimiento parece importante por sugerir que a los 3 años los niños son capaces de aprender muchas habilidades que suelen enseñárseles más tardíamente.

Los niños de nivel socioeconómico más bajo que vieron mucho el programa aprendieron más que los de clases acomodadas que lo vieron menos. Esta afirmación abre una interesante perspectiva respecto a las posibilidades de este tipo de programas de TV para reducir, a temprana edad, las diferencias culturales derivadas de las diferencias sociales.

En suma, la obra es un estudio técnico que evalúa como altamente positivo el programa *Sesame Street* en relación con sus propios objetivos. De la evaluación realizada por el ETS no se desprenden, sin embargo, suficientes elementos para juzgar si las críticas que algunos educadores han venido haciendo a *Sesame Street* tienen fundamento. El Dr. Kenneth Smith (University of Arizona's Reading Development Center) ha criticado que el método de alfabetización utilizado

no es el de globalización; John Holt ha impugnado el programa por su convencionalismo pedagógico, más orientado a dar "respuestas correctas" que a estimular la búsqueda personal de soluciones; Helen Beck (Department of Special Education de Westport, Conn.) lo ha calificado de "agresión oral" porque su rapidez impide el desarrollo de la atención y concentración en el niño. Probablemente estas críticas caigan fuera del blanco por desconocer los objetivos que el proyecto *Sesame Street* se propuso alcanzar, pero hubiese sido interesante tenerlas presentes de alguna manera en la evaluación realizada.

Sobra decir que este estudio es de lectura obligada para quienes se interesan por la TV educativa en sus diversos aspectos y, más en especial, para quienes se preocupan por la próxima introducción de *Sesame Street* en nuestros países latinoamericanos.

Pablo Latapí
Centro de Estudios Educativos